



**Juan Cervera**

## **Contar, cantar y jugar**

### Índice

Presentación  
¡Zas, zas, zas!  
Farsa en dos cuadros  
El burro, el camello y la cabra  
Farsa en dos cuadros y con loa  
Al freír será el reír  
Farsa en tres cuadros  
Textos y música

### Presentación

¿Qué hacemos con los cuentos antiguos? Pues con los cuentos antiguos se pueden hacer muchas cosas, entre ellas, contar, cantar y jugar.

Las tres obritas que aquí se recogen no son más que eso. El cuento de Charles Perrault Los deseos ridículos ha inspirado este ¡Zas, zas, zas! Un cuento árabe poco conocido ha sido el punto de partida para El burro, el camello y la cabra. Y varios cuentos, también orientales, oportunamente ensamblados, han dado pie a Al freír será el reír, obritas, todas ellas de carácter más o menos farsesco.

En los tres casos los cuentos originales han experimentado modificaciones que superan el deseo de darles forma dramática.

Los cuentos tradicionales siempre gustan; por eso perviven. Utilizarlos para el teatro puede contribuir a darles nuevo aire y a prolongar su vida. Y, sobre todo, a aproximarlos a los gustos del niño de hoy, cuyas ganas de hacer se estimulan así.

Poner en pie estos textos no tiene que resultar difícil para nadie, y menos para los niños. Todos tienen bastante fantasía para conseguir crear una longaniza de un metro de larga y hacerla saltar hasta pegársela a la nariz de Tecla. Igual que pasear por los aires una bolsa de dinero, una corona real o un palacio no ofrece secreto. ¿Quién no es capaz de manejar unos hilos que permitan el milagro? ¿Y además ingeniárselas para que con el juego de luces no se vean? Los técnicos dicen que con la ayuda de la llamada luz negra se consigue estupendamente, todo eso, y muchas cosas más. Y, por supuesto, el uso de diapositivas puede ayudar a resolver situaciones difíciles y a animar el ambiente.

Hacer de burro es más serio que hacer el burro. Un chico solo, con orejas largas, o dos muchachos -uno erguido y otro inclinado, cubiertos en parte por una tela- no sólo dan un burro con sus cuatro patas, sino también un camello, un caballo o una vaca. Lo demás es cuestión de orejas, jorobas o cuernos, fáciles de montar y de desmontar.

No deben descuidarse los pormenores: cuernos para las cabras, vara alta para los chambelanes, trompetas largas y solemnes, alfanjes de madera o cartón. La utilería es muy importante, y el utilero, aunque no dé la cara, tiene labor vistosa. Para representar bien, no obstante, no hacen falta materiales costosos; con cartones y papeles se hacen carátulas y hasta vestidos; cualquier paño sirve para adornar o transformar un mueble; un bote de cartón o una botella de plástico sirven para un cañón de luz; igual que unos frascos de detergentes nos dan títeres muy vivos.

Pero tanto para el teatro como para los títeres, si hay que cantar, que es una de las maneras más divertidas de animar la puesta en escena, hay que hacerlo bien. Y en todo caso lo que más sirve es el cuidado de las voces: la manera cómo se dicen las palabras, cómo se pronuncian y cómo se entonan las frases.

Ahí es donde todos tienen que aplicarse mucho. Aunque falte casi todo, aunque no haya casi nada, que no falte el amor a la palabra.

Juan Cervera

¡Zas, zas, zas!

## Farsa en dos cuadros

### PERSONAJES

BLAS, leñador.  
TECLA, su mujer  
NARIGUETAS, duende.  
ESCOPETÍN, duende.  
JÚPITER, sólo voz.

### Cuadro I

Lugar: Ambiente rural. Bosque y casa. Época: Cualquiera, pero preferentemente lejana, para que los personajes puedan vestir trajes convencionalmente antiguos.

Bosque. Aparece el leñador manejando el hacha con lentitud y desgana. Al compás de una melodía canta:

BLAS

¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Qué vida más perra  
la del leñador!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
Sudando en el bosque  
desde sol a sol.  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!

(Queda un momento quitándose el sudor.)

BLAS.- ¡Bah! (Sentándose.) Ni para comer tengo tiempo. Todo el día cortando, cortando y cortando.

(Lanza con fuerza un taco de madera. Abre la fiambarrera o descubre un cestillo y se dispone a comer.)

VOZ

(Desde fuera, cantando.)

Blas, Blas, Blas,

Blas, Blas, Blas,

Blas, Blas, Blas.

BLAS.- (Sorprendido.) ¿Qué voces son ésas? Por si acaso comeré deprisa. No sea que aparezca por aquí un duende gorrón y me quite el pan, (Come furiosamente.) las tajadas (Más furiosamente.) y el vino. (Bebe largamente de la bota.) ¡Gorrones a mí! Ahora que venga el que quiera, que yo empiezo mi siesta. ¡Faltaría más!

(Se recuesta en el tronco de un árbol y se pone a dormir. Mientras tanto suena la canción entera, suave, pero con otra letra:)

¡Blas, Blas, Blas!

¡Blas, Blas, Blas!

¡Blas, Blas, Blas!

¡Qué vida más bella

la del leñador!

Soñando en el bosque

con gran ilusión.

¡Blas, Blas, Blas!

¡Blas, Blas, Blas!

¡Blas, Blas, Blas!

(Al acabar la canción BLAS estará completamente dormido. Y aparecerán los duendes.)

NARIGUETAS.- (Sacando la nariz entre los árboles.) Escopetín, ya se ha dormido.

ESCOPETÍN.- (Apareciendo sigilosamente.) No grites, Nariguetas, que me disparo, y si hago ¡pum!, el leñador nos hará ¡pam!, ¡pam!

(Con gesto alusivo a azotes.)

(Se acercan de puntillas los dos duendes y se sitúa uno a cada lado del leñador dormido. Los dos a la vez, suavemente le cantan:)

¡Blas, Blas, Blas!  
¡Blas, Blas, Blas!  
¡Blas, Blas, Blas!

BLAS.-

(Entre sueños responde con gestos de manejar el hacha y cantando:)

¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!

NARIGUETAS.- (Al oído.) No te quejes, Blasillo, que estás como un rey.

BLAS.- (Sigue entre sueños.) ¡Qué más quisiera yo! Se ve que tú no conoces a mi Tecla.

ESCOPETÍN.- (Sorprendido.) ¿Qué tecla?

BLAS.- Mi mujer.

NARIGUETAS.- Entonces esa tecla ¿toca?

BLAS.- No toca. Pero regaña, refunfuña, rezonga y reprocha.

NARIGUETAS y ESCOPETÍN.- (A la vez.) ¿Y por qué tanto re... eso?

BLAS.- Porque quiere ser rica.

NARIGUETAS y ESCOPETÍN.- (A la vez.) ¡Válganos Júpiter Tonante!

(Se oye un trueno súbito y fuerte, BLAS se despierta sobresaltado.)

BLAS.- ¿Qué pasa? ¿Quiénes sois vosotros? (Con ademán de huir.)

NARIGUETAS.- No temas, somos gente de paz.

BLAS.- (Los mira detenidamente comparándolos.) ¿Sois hermanos?

ESCOPETÍN.- No, sobrinos.

BLAS.- (Sorprendido.) ¿Cómo que sobrinos?

NARIGUETAS.- Sobrinos de nuestro tío.

BLAS.- (Comprendiendo.) Ya. ¿Pero quién es vuestro tío?

ESCOPETÍN.- Júpiter Tonante.

BLAS.- No he oído hablar nunca de ese señor tunante.

(Se oye un trueno más fuerte.)

NARIGUETAS.- Por favor, Blasillo, tonante, no tunante. Que si nuestro tío se enfada, soltará una traca de truenos que hará correr

hasta a los árboles.

BLAS.- Perdón, perdón. Ya no diré más eso de... Pero ¿qué queréis de mí, sobrinos?

ESCOPETÍN.- No nos llames más sobrinos. A éste en la escuela le pusieron de mote Nariguetas, porque siempre andaba metiendo la nariz en todas partes.

NARIGUETAS.- (Corrigiendo.) ¡Las narices, las narices! Y a éste, Escopetín, porque antes de pensar ya ha disparado.

BLAS.- ¿Y vuestro tío, ése de... (Sin atreverse.) ?

NARIGUETAS.- No lo digas, no. Nuestro tío es el ser más poderoso en los cielos y en la tierra. Todo lo que él quiere se hace...

ESCOPETÍN.- Y todo lo que se le pide, lo concede.

(Se oye un trueno largo y suave. Los dos duendes prestan mucha atención.)

JÚPITER.- (Sólo voz.) Sin pasaros, sobrinos, sin pasaros, que luego vienen los desencantos.

NARIGUETAS.- Mira, nuestro tío es muy poderoso. Pero sólo concede lo que uno desea de verdad. Y como ve el pensamiento de los hombres, no hace falta pedírselo. Basta con desearlo.

BLAS.- O sea, como si fueras a la tienda, y el tendero adivinara lo que necesitas. Y luego te lo diera gratis.

ESCOPETÍN.- Así es, Blasillo, pero no seas avaricioso, que ahora mismo estás deseando un tesoro. Se te nota en los ojos.

BLAS.- (Corrido.) Ah ¿Pero vosotros también adivináis lo que uno piensa?

NARIGUETAS.- Adivinamos el pensamiento, los deseos y hasta las mentiras. De manera que mucho cuidado.

BLAS.- Nada, nada. No volveré a pensar, a desear, ni a querer nada. Pero vosotros explicadme eso de los poderes de vuestro tío.

(Se oye un trueno largo y lejano.)

ESCOPETÍN.- Pues mira, si tú quieres tener una cosa, la deseas en tu corazón, y entonces nuestro tío, Júpiter Tonante, te la concede al instante.

BLAS.- (Ilusionado y alegre.) O sea que yo en Júpiter Instante y se lo concede al Tunante.

(Dos truenos seguidos y amenazadores.)

NARIGUETAS.- ¡Blasillo, que lo estropeas todo!

ESCOPETÍN.- Mira, Blasillo, vamos a hacer una prueba. Tú contesta con la cabeza a nuestras preguntas. Pero no digas nada, no sea que metas la pata.

NARIGUETAS.- ¿A ti te gustaría tener una bolsa llena de escudos de

oro?

BLAS.- (Va a hablar, pero se corta.) ¡Hummm!

(Y se oye el tilín tilín de las monedas mientras por el aire pasa una bolsa llena a rebosar.)

ESCOPETÍN.- ¿A ti te gustaría vivir en un palacio hermoso?

BLAS (Adelanta la mano y hace esfuerzos para hablar, pero se retiene ante la mirada de los duendes.) ¡Hummm!

(Se oye un ruido de llaves y aparece un palacio hermosísimo profusamente iluminado.)

NARIGUETAS.- ¿Te gustaría ser poderoso? ¿Quieres ser rey?

BLAS.- (Sonríe. Yergue la cabeza...) ¡Hummm!

(Aparece una corona rota que sólo ve BLAS. Y se espanta.)

ESCOPETÍN.- Blasillo, no mientas, estás deseando ser rey.

BLAS.- (Agachando la cabeza.) No, no, ya no lo deseo.

NARIGUETAS.- Pues mira, si lo desearas...

(Aparece una corona grande y hermosa de rey y luego otra de reina.)

BLAS.- ¿Puedo hablar? Es que he visto dos coronas...

ESCOPETÍN.- La otra será para tu mujer, para la reina Tecla.

BLAS.- (Entusiasmado.) Eso, el rey Blas y la reina Tecla. ¿Suena bien, verdad?

JÚPITER.- (Sólo voz.) Blasillo avaro, no desees demasiado. Pero para que veas que soy bueno y generoso, desde ahora en adelante te concederé tres deseos. Fíjate bien, sólo tres. Basta con que tú desees en tu mente lo que apetezcas y se te concederá en el acto. Pero eso sí, estás advertido, sólo tres cosas puedes desear. Y una después de otra. ¿Entendido?

BLAS.-

Entendido, tío. (Mira hacia un lado y hacia el otro y no ve a los duendes, porque han desaparecido.) Pero ¿dónde están los sobrinos? Nada, que se han esfumado. Y eso que el tío ha sido amable. ¡Y simpático! ¡Y generoso! ¡Ay mi Tecla, qué contenta se va a poner! Ahora sí que seremos felices. ¡Yupi!

(Y se va cantando y bailando de contento.)

¡Zas, zas, zas!

¡Zas, zas, zas!

¡Zas, zas, zas!...

(Se hace el oscuro.)

## Cuadro II

En casa. En una habitación en la que hay una mesa, algunas sillas y un sillón y que muy bien podría ser comedor y cocina a la vez, desde luego todo muy rústico. BLAS está cenando. TECLA va y viene mientras sirve y hablan. Unos compases de la melodía preceden a la conversación.

TECLA.- (Saliendo.) ¿Pero tú viste al tío o sólo a los sobrinos?

BLAS.- A los que vi fue a los sobrinos. Al tío sólo lo oí. Pero el tío fue el que con voz campanuda dijo que podía tener tres deseos y los vería cumplidos al punto.

TECLA.- ¿Y por qué sólo tres?

BLAS.- Yo qué sé. Con tres deseos bien administrados podríamos ser ricos y felices.

TECLA.- ¡Ricos! ¡Ay, Blasillo, no me lo digas, que yo ya me veo...!  
(Gestos de ponerse vestidos elegantes...)

BLAS.- No desees nada, insensata, que si malgastas un deseo, no nos quedarán más que dos. Y entonces... Hay que pensarlo bien y calcularlo bien todo para no fallar.

TECLA.- Tengo una idea, Blasillo. ¿Y si el deseo es en sueños?

BLAS.- No lo había pensado. Porque claro, si me pongo a soñar, y deseo, por ejemplo, una berenjena, ya no podré...

TECLA.- ¿Por qué una berenjena, estúpido? Desea más bien un lingote de oro.

BLAS.- (Picado.) Eso se dice muy fácilmente. No ves que durante el sueño se dicen y se hacen tonterías.

TECLA.- Pues duérmete pensando en lingotes de oro y no en berenjenas.

BLAS.- Es verdad, ¿cómo no se me había ocurrido a mí? Me dormiré pensando en lingotes de oro.

TECLA.- ¿No podrías pedirles consejo a los sobrinos? Mira, esta noche no deseas nada; y mañana, bien aconsejados, tenemos los tres deseos.

BLAS.- Bien. Los buscaré mañana; pero si esta noche en sueños...

TECLA.- Ya está, Blas. Esta noche no te acuestas. Pásate la noche

en vela y así no se te escapará ningún deseo...

BLAS.- ¡Qué grande eres, Tecla! ¡En vela!

TECLA.- ¡En vela! Yo me voy a dormir, porque mañana tengo que estar descansada, pero tú, a velar.

BLAS.- Eso, y tú a dormir. ¿Pero me dejarás poner el camisón? Así estaré más cómodo.

TECLA.- El camisón, sí. Pero estarás todo la noche en pie. Nada de sentarte ni de tumbarte, que te conozco. Te dormirías como un ceporro. De pie o paseando.

BLAS.- ¡Ah! Ni sentarme ni tumbarme. Bueno, pero sea todo por no malgastar ningún deseo.

TECLA.-

Eso, eso. Lo convenido.

(Le ayuda a ponerse el camisón. BLAS se queda solo y se pone a pasear a grandes zancadas y a cantar flojito:)

¡Zas, zas, zas!

¡Zas, zas, zas!

TECLA.- (Desde dentro.) ¡Blas, no cantes que me despiertas!

BLAS.- ¿Y si me duermo?

TECLA.- Pues canta en silencio.

BLAS.- ¿Cantar en silencio? ¡Ah, ya...!

(Y sigue haciendo como que canta la canción y acompañándose con gestos que reflejan el ritmo.)

TECLA.- (Desde dentro, al cabo de un momento; sólo voz.)

Blasillo, ¿duermes?

BLAS.- Yo, no. ¿Y tú?

TECLA.- Yo tampoco. Piensa en los deseos, pero no los desees. Eres un sol.

BLAS.-

Y tú, una luna. Pero déjame cantar en silencio, que si no, me voy a dormir.

(Prosigue en su tarea de moverse al compás de la canción que se nota que articula en silencio.)

¡Zas, zas, zas!

¡Zas, zas, zas!

TECLA.- (Desde dentro.) Blas, ¿no duermes nada?

BLAS.- Nada nada. Pero no seas pesada.

TECLA.- (Desde dentro.) ¿Pesada yo? Y todo porque no quiero que se te escape un deseo aunque sea pequeñito como un rábano.

BLAS.- (Sin interrumpir sus movimientos entre gimnásticos y ridículos.) No temas. Nada de rábanos ni de berenjenas. Pero déjame...

(Prosigue en su acción. Al cabo de un ratito.)

BLAS.- (Sigilosamente, como espionando.) Creo que ya se ha dormido. Me voy a sentar en este sillón y así descansaré un poco.

(Se sienta y se queda dormido. Aparece acechando por la izquierda NARIGUETAS.)

NARIGUETAS.- Escopetín, ven. Ya está dormido.

ESCOPETÍN.- (Apareciendo.) No grites, que me disparo.

NARIGUETAS.- (Reprimiéndose.) Pero si es que no me oyes.

ESCOPETÍN.- Pues grita bajito.

NARIGUETAS.- Eso, gritaré bajito. Tú ponte a la derecha. Y yo a la izquierda. (Se colocan.) Venga, empieza ya a hacerle cosquillas.

ESCOPETÍN.- (Le hace cosquillas en la planta de los pies. A

NARIGUETAS.) ¿Todo va bien? ¿O no?

NARIGUETAS.- Todo va bien, pero no exageres, que se va a despertar. Sigue, sigue.

ESCOPETÍN.- (Por BLAS.) Se remueve un poco.

NARIGUETAS.- ¡Cuidado, Escopetín, que se despierta!

(BLAS se levanta como sonámbulo y hace ruido al tropezar con una silla. Los duendes se esconden.)

TECLA.- (Desde dentro.) ¿Qué sucede? Oigo ruido. (Sale furiosa con camisón y gorro de dormir.) ¿Qué pasa aquí?

BLAS.- Nada, que tengo sed.

TECLA.- (Le da un botijo.) Toma, pero bebe sin ganas. No sea que las ganas cuenten como un deseo y se ponga a llover.

BLAS.- (Bebe desganadamente.) Es verdad, mira que si el regalo fuera un chorro de agua, o dos chorros... ¡o una inundación!

TECLA.- Venga, venga. Ni lo pienses. Tú a velar. (Marchándose.) Yo, a dormir.

(BLAS simula que hace los movimientos de antes. Abre los brazos y hace algunas flexiones. Pero cuando desaparece TECLA, vuelve a su sillón.)

BLAS.- (Bajito.) ¿Duermes ya? Vaya, no responde. Ya duerme. (Se repantiga en el sillón y empieza a dormir.)

(Aparecen NARIGUETAS y ESCOPETÍN.)

ESCOPETÍN.- ¿Qué hacemos ahora?

NARIGUETAS.- ¿No hemos venido a colaborar para que no se duerma, para que pueda aprovechar los tres deseos?

ESCOPETÍN.- Es verdad. Ya no me acordaba, ¿pero cómo colaboramos?

NARIGUETAS.- Anda, haz el abejorro.

ESCOPETÍN.- (Haciendo girar las manos alrededor de la cara de BLAS.) ¡Buuuu...! ¡Buuuu...!

NARIGUETAS.- Eso es el moscardón; yo creo que le hace dormir más.

ESCOPETÍN.- Espera, haré el mosquito. ¡liiii...! ¡liiii...! ¿Se puede picar?

NARIGUETAS.- Sí, pero pícale sólo en la mano.

ESCOPETÍN.- ¡liiii...! ¡liiii...! (Le da un picotazo con las uñas.)

(BLAS da un golpe con la otra mano, como para matar al mosquito. Se oye la palmada. ESCOPETÍN se agacha. Y continúa con ¡liiii...! ¡liiii...! BLAS continúa dando palmadas y manotazos y al final consigue un efecto como si estuviera aplaudiendo. Los duendes se esconden.)

TECLA.- (Saliendo furiosa.) ¿Se puede saber a quién aplaudes?

BLAS.- Al tío, a los sobrinos y a ti.

TECLA.- ¿Ves? Aplaudir sí te dejo, pero nada de desear.

BLAS.- Pues mira que si me dejara llevar de los deseos...

TECLA.- ¿Qué harías, desgraciado? (Sale.)

BLAS.- Me pediría una longaniza de una brazada de larga, porque tengo hambre. (Extendiendo los brazos.) Así, así de larga.

(Se oye un trueno, a la vez que cae al suelo una longaniza larguísima.)

JÚPITER.- (Sólo voz.) ¡Ahí la tienes, Blasillo! Una longaniza has deseado, y una longaniza tienes, y bien larga. Tómala, verás que bien huele, fríela y cómetela. Buen provecho. Todavía te quedan dos deseos.

TECLA.- (Enfurecida.) Desgraciado, más que desgraciado. ¡Una longaniza! Así de larga, así. (Gestos.) Yo que soñaba con un cofre lleno de collares de perlas, arracadas de rubíes, broches de oro, peinetas de marfil, gargantillas de plata, anillos con diamantes, aretes con esmeraldas... ¡Desgraciado! Y todo lo hemos perdido por una miserable longaniza. Pero si yo hago todas las longanizas, chorizos, y morcillas que tú quieras...

BLAS.- Y butifarrones también.

TECLA.- ¡Desgraciado más que desgraciado!

(Se oyen las voces de los duendes que cantan:)

¡Blas, Blas, Blas!

¡Blas, Blas, Blas!

(Son voces suaves y misteriosas. BLAS y TECLA quedan en suspenso.)

NARIGUETAS.- (Sólo voz. Persuasivo.) ¡Cuidado, Blas, no desbarres!

ESCOPETÍN.- (Mismo juego.) ¡Cuidado, Tecla, no desafines!

NARIGUETAS.- No os desaniméis.

ESCOPETÍN.- No os entristezcáis.

NARIGUETAS y ESCOPETÍN.- (A la vez.) ¡Todavía os quedan dos deseos!

BLAS.- Tecla, vete a dormir.

TECLA.- (Enfadada.) Eso, ahora a dormir, para que tú te comas la longaniza y desees un buen vaso de vino y así habremos gastado otro deseo.

BLAS.- No me la comeré. No tengo apetito.

TECLA.- No me lo creo, porque tú eres un tragón y por eso has deseado la longaniza. (Se pone a llorar.) ¡Buá, buá! ¡Ay, mis collares, mis perlas, mis brocados, mis corpiños de raso...! ¡Buá, buá!

NARIGUETAS.- (Asomando por la derecha.) No os enfadéis, que la ira es mala.

BLAS.- (Sin atender.) Pues cómetela tú. Que tú si puedes tener ganas y desear lo que quieras. ¡Avariciosa!

ESCOPETÍN.- (Asomando por la izquierda.) No os enfurezcáis, que la rabia es mala consejera.

TECLA.- ¿Avariciosa, yo? Tú sí que eres glotón, goloso, tragón, comilón, tragaldabas y morcillón.

BLAS.- (Levantando la voz.) No me llames morcillón que estallo... Toma la longaniza y dácela al perro, si quieres.

TECLA.- ¡No quiero, no quiero!

BLAS.- ¡Pues ojalá se te cuelgue de la nariz!

(Se oye un trueno. La longaniza da un salto y se le pega a la nariz de TECLA.)

JÚPITER.- (Sólo voz.) Tecla, tu marido acaba de conseguir su segundo deseo. Vas a tener la nariz más original del mundo, desde que hay narices. ¡Enhorabuena! Todavía os queda un deseo.

(NARIGUETAS y ESCOPETÍN, a un lado, se tronchan de risa y saltan cogiéndose las narices, mientras TECLA no sabe qué hacer con la suya.)

TECLA.- (Llorando.) ¡Qué desgraciada soy! ¡Buá, buá! ¿Qué hago yo ahora con esta nariz? ¡Buá, buá! Marido mío, tú estás loco. Desea una longaniza así de larga y luego pegármela en la nariz ¡Buá, buá! Traéme un espejo. Traémelo, que quiero verme.

(BLAS le da un espejo. TECLA empieza a mirarse.)

(Mientras suena la melodía

¡Zas, zas, zas!...

ella empieza a cambiar de actitud. Su marido da zancadas de un lado a otro desesperado.)

NARIGUETAS.- Blas, no te desesperes. Hay naricillas, narices y narizotas. Y las narices de Tecla son verdaderamente hermosas.

ESCOPETÍN.- Blas, no te preocupes. Una nariz así es un tesoro.

BLAS.- ¡Todos se reirán de mí! ¡Y todo por la narizotas de mi mujer!

TECLA.- (Sin dejar de mirarse al espejo.) ¿Sabes que te digo, marido? Que bien mirado mi nariz tampoco está tan mal.

BLAS.- Y encima, eso. ¡Brrr! ¡Brrr!

TECLA.- No te enfades, Blasillo. (Poniéndose melosa.) El tío ese ha dicho que todavía nos queda un deseo.

BLAS.- No me digas que ahora deseas pañuelos, porque tendrían que ser como sábanas, porque tú eres la reina de las narices.

TECLA.- Blas, podríamos desear ser reyes. Y una vez...

BLAS.- (Cortando.) No. No te veo reina con esa nariz tan soberbia.

TECLA.- ¡Qué tonto! Si somos reyes, el mejor cirujano del reino podría recortármela un poco.

(Se oye la melodía. Los duendes cantan:)

¡Blas, Blas, Blas!

(TECLA se pone cada vez más sonriente y presumida. A BLAS se le ilumina el rostro y empieza a recapacitar mientras sigue la melodía...)

NARIGUETAS.- Bien mirado, Blasillo, una reina con nariz y un rey sin ella tampoco son mala pareja.

ESCOPETÍN.- Además el que manda es el rey. Y la reina se quedaría en casa cosiendo y planchando.

BLAS.- Bien mirado, Tecla. A ti te gusta mucho coser...

TECLA.- Pero cuando sea reina, no. Coserán las doncellas.

BLAS.- (Desconcertado.) Pero con esa nariz no podrás ir a las fiestas y recepciones de la corte.

TECLA.- ¿Por qué no? Me la aguantarán dos doncellas.

BLAS.- ¿Y cuando vayamos de viaje?

TECLA.- La enrollaré y la llevaré en una caja.

BLAS.- Eso, como una ensaimada.

TECLA.- No te burles de mi nariz. Yo seré reina tal como soy.

BLAS.- No me burlo de tu nariz. Pero sería mejor, sin nariz.

TECLA.- ¡Con nariz!

BLAS.- ¡Sin nariz!

TECLA.- ¡Con narices!

BLAS.- ¡Sin narices!

TECLA.- ¡Así te quedes tú sin reino por mi nariz!

BLAS.- ¡Ojalá te quedes tú sin nariz, por mi reino!

(Gran trueno. Desaparece la nariz de TECLA.)

JÚPITER.- (Sólo voz.) Blas, Tecla, qué felices seréis ahora con narices o sin narices. Vuestros deseos se han cumplido. Habéis tenido lo que habéis deseado. Y los tres deseos se han cumplido, se han consumido ya.

TECLA.- ¡Buá, buá!

BLAS.- ¡Brrr, brrr!

NARIGUETAS y ESCOPETÍN ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! (Desde los lados.)

(TECLA y BLAS se miran, se sonríen y se abrazan. Se oye otra vez la musiquilla. Y los duendes empiezan a cantar:)

¡Zas, zas, zas!

¡Blas, Blas, Blas!

¡Ja, ja, ja!

(Se oye un trueno suave como alejándose. Los cuatro juntos cantan y bailan, mientras cae el TELÓN.)

ZAS, ZAS, ZAS

(Canción)

¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Qué vida más perra  
la del leñador! 5  
Sudando en el bosque  
desde sol a sol.  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!  
¡Zas, zas, zas!10  
¡Blas, Blas, Blas!  
¡Blas, Blas, Blas!  
¡Blas, Blas, Blas!  
¡Qué vida más bella  
la del leñador!15  
Soñando en el bosque  
con gran ilusión.  
¡Blas, Blas, Blas!  
¡Blas, Blas, Blas!  
¡Blas, Blas, Blas!20

El burro, el camello y la cabra  
Farsa en dos cuadros y con loa

## PERSONAJES

NIÑO, para la loa.

CHAMBELÁN, que actúa como maestro de ceremonias.

ALGUACIL, para ejecutar las órdenes.

TROMPETERO, que no habla, pero toca.

CALIFA, investido de dignidad.

BURRO, simpático, pero burro.

CAMELLO, doblemente jorobado.

CABRA, con cuernos y dispuesta a saltar.

## Loa

A las cabras y burros  
y a los camellos,  
yo dedico estos versos,  
y ellos, el cuento.  
Cuando los camellos cruzan  
el desierto, van en fila;  
y frente a la caravana  
un burro va como guía.  
Por eso, si el burro es tonto,  
el camello es más tontico.  
¡Vaya pareja que forman  
el camello y el borrico!  
Pero a la cabra, tan lista,  
todos la tienen por loca.  
Por eso dice la gente:  
-Más loco está que una chota.  
Hazte fama, buena o mala,  
y luego, échate a dormir,  
que de acuerdo con tu fama  
la gente te juzga a ti.  
La fuerza de la costumbre  
es difícil de vencer.  
Si tú sigues este cuento,  
lo comprenderás tal vez.  
A las cabras y burros  
y a los camellos,  
yo dedico estos versos,  
y ellos, el cuento.

## Cuadro I

Plaza de una ciudad oriental. Se oye el toque de las trompetas.

CHAMBELÁN.- (Desde dentro.) ¡Paso! ¡Dejad paso! ¡Paso al Califa de Bagdad!

(Aparece la comitiva. Primero el TROMPETERO, luego el ALGUACIL, con un alfanje; luego el CHAMBELÁN y seguidamente, con dignidad, el CALIFA.)

ALGUACIL.- (Con imperio.) Se ordena a todos los transeúntes y curiosos que se alejen de este lugar. Su majestad el Califa de Bagdad va a comenzar la audiencia.

CHAMBELÁN.- Que se acerquen todos los ofendidos, los ultrajados, los que gimen bajo el peso de la injusticia. (Al Califa que ya está sentado.) No aparece nadie, majestad.

ALGUACIL.- (Después de dar una vuelta para inspeccionar.) No aparece nadie, majestad.

CHAMBELÁN.- Esa es la mejor prueba de que en vuestro reino impera la justicia y la felicidad.

BURRO.- (Apareciendo.) ¡Ahá! ¡Ahá! Con permiso.

ALGUACIL.- (Enfadado.) Esto es un desacato, majestad. Un burro pide audiencia.

CALIFA.- Reprime tu celo, alguacil. En mi reino todos han de ser escuchados. Y todos han de disfrutar de la justicia, hasta los animales.

BURRO.- Bravo, majestad. ¿Entonces pueden venir también mis amigos?

CHAMBELÁN.- Ya has oído a su majestad el Califa. Llámalos.

BURRO.- Con permiso. ¡Aháaaa! ¡Aháaaa! Venid, muchachos.

(Aparecen el CAMELLO y la CABRA.)

CHAMBELÁN.- (Da dos golpes en el suelo con la vara.) Empieza la audiencia.

BURRO.- Altísimo Califa, tanto yo como el Camello y mi amiga la Cabra estamos deslumbrados por vuestra grandeza, y comparecemos ante vuestra presencia confiados en vuestro gran amor a la justicia, por encima de...

CALIFA.- (Da un golpe en el suelo con el pie y mira al Chambelán.)

¡Que abrevie!

CHAMBELÁN.- Burro, déjate de halagos y alabanzas inútiles. Al grano.

CABRA.- ¡Béee! Al grano.

BURRO.- Pues el grano es, serenísimo Califa, que todos los hombres de vuestro reino nos insultan y vejan y ofenden nuestro nombre y el de nuestros padres...

CAMELLO.- Abreviando: que cuando uno hace mal una cosa lo llaman burro.

BURRO.- Y cuando la hace peor, camello.

(Sorpresa en el CALIFA y demás.)

CABRA.- Y cuando uno comete locuras dicen que está como una cabra.

(De tanta sorpresa, el CALIFA se lleva las manos a la cabeza.)

CHAMBELÁN.- ¿Qué os parece, majestad?

CALIFA.- Juro por mis barbas que tengo que acabar con tan malas costumbres. Pero decidme, buenos animales, ¿no serán insultos de gente baja y ruin?

CABRA.- ¡Qué va, majestad! Eso lo dicen todos, y si vuestra majestad no pone remedio, nosotros estamos dispuestos a llamar hombres a todos los animales que cometan alguna torpeza.

CALIFA.- (Muy serio.) ¡Basta ya! Vamos a hacer justicia. Pero dejadme reflexionar y consultar. (A los animales.) Apartaos ahí a un lado, y no estorbéis.

(Los tres animales se van a un lado. Y el CALIFA queda sumido en profundas reflexiones. Se hace un silencio. Impaciente se acerca el BURRO.)

CHAMBELÁN.- ¡Apártate! Que está reflexionando.

(Y el BURRO vuelve a su sitio.)

(Al cabo de un momento, impaciente, se acerca el CAMELLO.)

CHAMBELÁN.- (Mismo juego.) ¡Apártate! Que está reflexionando.

(Y el CAMELLO vuelve a su sitio.)

(Al cabo de un momento el CALIFA levanta la cabeza. Luego, los brazos. Se le acerca el CHAMBELÁN y entre los dos forman un murmullo ininteligible.)

(El BURRO y el CAMELLO hacen ademán de acercarse a ellos.)

CABRA.- (Deteniéndolos.) ¡Apartaos! Que están consultando.

(El CHAMBELÁN vuelve a su sitio y le hace una seña al ALGUACIL. El ALGUACIL le repite la seña al TROMPETERO. Y el TROMPETERO hace sonar la trompeta.)

CHAMBELÁN.- (A los animales.) Continúa la audiencia.

CALIFA.- (Solemne.) Vuestra demanda, queridos animales, es justa, pero la costumbre de insultar es vieja. Comprendemos el dolor que os causa que al tonto lo llamen burro, al tontísimo, camello y al loco, cabra.

LOS TRES ANIMALES A LA VEZ.- ¡Pero, majestad!

CALIFA.- Calmaos. Por eso vais a salir ahora mismo en distintas direcciones. Tú, Burro, irás hacia el Norte; tú, Camello, hacia el Sur; y tú, Cabra, hacia el Este. Y no mando a nadie al Oeste porque allí está el desierto. Os mezclaréis con los hombres y durante siete días observaréis su conducta. Y si encontráis a un hombre más tonto que el Burro, o más necio que el Camello, o más loco que la Cabra, me lo contaréis. Y entonces dictaré la sentencia oportuna que sirva de ejemplar escarmiento.

BURRO.- ¡Majestad, a vuestros pies!

CAMELLO.- ¡Adiós, majestad!

CABRA.- ¡Majestad, hasta luego!

(Los animales se van por un lado y el CALIFA y su séquito, por otro. Oscuro.)

## Cuadro II

Empieza oscuro. Se va haciendo la luz mientras suena el viento. Se oyen voces. Suenan las trompetas.

CHAMBELÁN.- ¡Paso! ¡Dejad paso! ¡Paso a su majestad el Califa de Bagdad!

(Mismo juego que al principio.)

ALGUACIL.- Se ordena a todos los transeúntes y curiosos que se alejen de este lugar. Va a empezar la audiencia.

(Aparecen en fila y muy contentos el BURRO, el CAMELLO y la CABRA.)

BURRO.- Majestad, como portavoz del reino animal tengo que deciros.

CHAMBELÁN.- Abrevia, Burro. Cada cual es portavoz de sí mismo. Habla sólo por ti.

BURRO.- Pues tengo que decir, majestad, que andaba yo trotando por las calles de la ciudad de Arbela y fui testigo de un pleito asombroso. Compareció ante el juez el joven Abdalá acusado de haber robado una bolsa de dinero a un rico mercader que tenía un bazar. El hecho fue que la bolsa había desaparecido. Y los alguaciles encontraron al joven Abdalá que llevaba una bolsa llena de oro. El joven se excusó diciendo que se la había dado su madre. Y por eso lo llevaron ante el juez que, oídos los hechos, sentenció:  
-Que venga su madre y diga si la bolsa es suya o no.

(El CALIFA y su séquito se echan a reír.)

CALIFA.- Tienes razón, Burro. Ese juez es un mentecato. ¿Cómo una madre va a declarar en contra de su hijo? Has ganado. Nadie es más tonto que ese juez.

CHAMBELÁN.- Hable el Camello.

CAMELLO.- (Hace una reverencia.) Majestad, iba yo por las calles de Gaugamela buscando una fuente para saciar mi sed cuando de pronto me encontré con la multitud amotinada que había asaltado la morada del alcalde. Decían a gritos que era hipócrita, injusto y codicioso. Y no lo lincharon porque había huido. Entonces Omar se encaramó en la fuente y dijo a la multitud que si lo elegían a él, sería un alcalde justo, benéfico y honrado. La multitud, por aclamación, lo nombró alcalde, y prorrumpieron todos en vivas felicitándose unos a otros porque, por fin, habían encontrado un buen alcalde.

(El CALIFA y su séquito se echan a reír.)

CALIFA.- Tienes razón, Camello. Ese pueblo es tontísimo. Mira que fiarse de la sola promesa de uno que quiere ser alcalde.

CHAMBELÁN.- Hable la Cabra.

CABRA.- (Reverencia.) Con permiso. Iba yo saltando por la calle y

me encontré con un viandante que parecía hombre principal. Sintiendo ganas de hablarle y no sabiendo qué decirle, le pregunté:

-Señor, ¿podría Vd. decirme qué día es del mes?

A lo que él me respondió:

-No lo sé, soy forastero.

(Todos sueltan grandes carcajadas.)

CALIFA.- ¡Cuánta razón tienes, Cabra! Ese no sólo es tonto. También es bobo y, además, loco. De verdad que los hombres no tienen ninguna razón para insultar a los animales.

CHAMBELÁN.- Y ahora escuchad la decisión final de nuestro justo, sabio y prudente Califa.

CALIFA.- (Poniéndose en pie. Solemne.) Queridos animales, a la vista de estos hechos, he decidido dar el siguiente bando que mis pregoneros pregonarán por todo el califato.

(El TROMPETERO da tres toques largos.)

ALGUACIL.- (Desenrolla un pergamino.) Por orden de su majestad el Califa se hace saber que todos los ciudadanos del califato de Bagdad tienen la obligación de ser justos, y benéficos y bienhabladados. Y que, desde ahora en adelante, nadie podrá emplear el nombre del Burro, del Camello o de la Cabra, para decirle a su vecino tonto, tontísimo o loco. Y que si alguien llamara a su vecino o a su enemigo burro, camello o cabra, será tenido por injusto y por bocazas.

Firmado en Bagdad.

Su majestad,

el Califa Masalfasar.

He dicho.

(El TROMPETERO hace sonar tres veces la trompeta.)

CALIFA.- (Dirigiéndose a los animales.) Y, como siempre, todos me obedecerán.

(CHAMBELÁN, ALGUACIL y TROMPETERO gritan y aplauden:)

¡Bravo, bravo! ¡Viva nuestro Califa!

(Los animales permanecen fríos.)

(El CALIFA y su séquito inician el desfile.)

CALIFA.- Y ahora, queridos animales, quedad en paz.

(Los animales inician la marcha hacia el otro lado. Pero antes de salir se detienen.)

BURRO.- ¿Habéis oído lo que ha dicho ese viejo camello?

(Enfadado.) ¡Un camello, eso es lo que es, un camello!

CABRA.- Si será burro, creer que lo van a obedecer todos. ¡Burro, más que burro!

CAMELLO.- Dejadlo, porque el desgraciado está como una cabra.

(Y mientras hacen mutis, cae el TELÓN.)

Al freír será el reír  
Farsa en tres cuadros

## PERSONAJES

MAYORDOMO, se le nota que es importante.

AZULITO, bufón pequeñajo y revoltoso.

VERDECILLO, hermano gemelo del anterior en todo, menos en el color.

REY, gordo y con cara de aburrimiento.

## Cuadro I

Habitación de palacio. El trono está vacío. En un extremo el MAYORDOMO instruye a dos bufones. Uno viste de color azul y otro de color verde.

MAYORDOMO.- (Persuasivo.) ¿Estáis de acuerdo o no estáis de

acuerdo? Pensad que mi señor, el Rey, es muy exigente. Si quiere reír y no lo conseguís, os mandará apalear. Y si quiere dormir, y no lo dormís, (Gesto de pasarse la mano por el cuello como un cuchillo) os mandará degollar.

AZULITO.- ¡Qué miedo! ¿Qué hacemos, Verdecillo?

VERDECILLO.- Hermano Azulito, si tú tienes miedo, vete andando, que yo saldré corriendo.

AZULITO.- ¿Lo probamos?

VERDECILLO.- Lo probamos.

MAYORDOMO.- Pues, adelante, que empiece la función. (Se acerca a su izquierda.) Majestad, ya podéis pasar. Los bufones ya están preparados.

REY.- (Sale pesadamente, aguantándose la barriga.) ¡Hola, bufones! ¡Mis nuevos bufones! A ver si me hacéis reír. Los dos últimos que tuve me duraron dos días: al tercero los mandé arrojar a los leones, por sosos. Ni a los leones les gustaron. Les causaron una indigestión.

AZULITO.- ¡Qué leones más finolis, majestad!

REY.- Y que lo digas: uno todavía tiene colitis.

VERDECILLO.- ¡Un león con cola y con colitis, divertido!

REY.- (Enfadado.) ¡Mayordomo! Diles a estos necios que empiecen a contarme cuentos que me hagan reír. ¡Que mis tigres llevan dos días sin comer!

MAYORDOMO.- Ahora se lo digo, majestad. (Abre la ventana y se oyen dos aullidos fieros que ponen la piel de gallina.) ¿Lo habéis oído bien, simpáticos bufones?

AZULITO.- (Aparte a VERDECILLO.) ¡En qué lío nos hemos metido, hermanito!

VERDECILLO (Aparte a AZULITO.) Empecemos ya. ¡Que se nos comen!

AZULITO.- (Se pone a la derecha del REY.) Majestad, érase que se era un país muy lejano en el que un sabio muy sabio sabía mucho de estrellas. Era alto y fornido como vuestro mayordomo.

REY.- Vaya, eso me gusta.

VERDECILLO.- Y salió un día de peregrinación... (El REY sigue con creciente interés.) Al llegar a una aldea, pidió hospitalidad en casa de un honrado labrador. Y le dieron cama y cena. Y sucedió...

AZULITO.- Sucedió que se encontró tan bien con el labrador (Señalándose a sí mismo) y con su esposa, que era buena y hermosa, (Por Verdecillo) que el sabio dijo:

MAYORDOMO.- (En sabio.) Amigos míos, aquí me quedo yo un día más. Porque he visto que éste es el lugar ideal para seguir estudiando el camino de las estrellas.

VERDECILLO.- (En esposa.) ¡Qué ilusión, marido! Un sabio en nuestra casa.

AZULITO.- (En marido.) ¡Qué honor, mujercita mía! Un sabio montado en las estrellas.

MAYORDOMO.- (Sacando un tubo largo que le sirve de telescopio, se aparta a un lado y se pone a observar las estrellas.) ¡Magnífico!

Ahora mismo veo una estrella que no sé muy bien si es satélite, planeta, cometa o peleta.

VERDECILLO.- ¿Ha dicho peleta o pelota?

AZULITO.-

Mujer, no seas curiosona, ¿qué más da pelota que peleta?

(Hacia el REY visiblemente divertido.) Y así sucedió  
que (Cantando.)

pasaron una, dos, tres, cuatro,

cinco, seis, siete semanas...

VERDECILLO

(Cantando.)

pasaron una, dos, tres, cuatro,

cinco, seis, siete semanas...

MAYORDOMO

(Cantando.)

pasaron una, dos, tres, cuatro,

cinco, seis, siete semanas...

AZULITO y VERDECILLO

(A coro y por el MAYORDOMO.)

Y el sabihondo, y el sabihondo

no se quería marchar.

REY.- (Medio cantando.) ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Qué bueno! ¡Qué bueno!

Pero, decidme, ¿qué hacía el sabio mientras tanto?

AZULITO

(Cantando.)

Pues comía y bebía

de lo que en la casa había.

VERDECILLO

(Cantando.)

Y tanto comió y bebió

que todo se lo zampó.

REY.- ¡Ja, ja, ja! (Al Mayordomo.) Mayordomo, dales una bolsa  
llena de escudos de oro. Nunca había tenido unos bufones tan  
divertidos.

MAYORDOMO.- (Coloca el telescopio bajo el brazo, saca una bolsa y se la entrega.) Tomad, para que podáis comprar más víveres. (Y vuelve a su antigua posición para seguir observando las estrellas.)

REY.- ¡Qué bueno! ¡Qué bueno! Seguid, que quiero saber cómo continuó la historia...

AZULITO.- Pues continuó, majestad, con que la mujer fue la primera en darse cuenta del caso: la despensa estaba completamente vacía y en la cocina no había más que ollas limpias.

VERDECILLO.- Marido mío, esto no puede seguir así. Estamos ya a la cuarta pregunta. Desde que el sabio vino a nuestra casa, nos hemos comido todos los conejos y corderos. Ayer despachamos el último cabrito. Ya no nos queda pan, ni harina, ni aceite, ni lechugas, ni siquiera lentejas...

AZULITO.- Pues, nada, mujer, nada. El honor de tener a un hombre sabio en casa bien vale un sacrificio.

VERDECILLO.- Pero, marido mío, que en casa sólo queda el camello.

AZULITO.- Pues mataremos el camello y nos comeremos hasta las jorobas.

REY.- (Algo intrigado.) ¿Y qué dijo el sabio?

MAYORDOMO.- (En sabio.) Esta carne está un poco dura.

VERDECILLO.- Pero tú igual te la comes, bribón.

REY.- ¡Ja, ja, ja, ja! Proseguid, amigos míos, proseguid.

AZULITO.- Y cuando se acabó el camello.

VERDECILLO.- Marido mío, ahora ya no podemos aguantar más. Habla con el sabio y dile que se vaya. ¡Que se vaya mañana mismo sin falta, por amor de Dios!

AZULITO.- (Dirigiéndose al MAYORDOMO.) Querido sabio, tanto mi mujer como yo nos sentimos muy honrados con tu presencia y compañía.

MAYORDOMO.- Yo también, y aunque los manjares últimamente no son tan sabrosos como al principio, tengo que quedarme unos días más, porque ahora estoy siguiendo la trayectoria de un planeta...

VERDECILLO.- (Azuzando a AZULITO.) ¡Ni planeta, ni cometa! ¡Que se vaya ya!

AZULITO.- Lo siento, querido sabio. Es que ya no nos quedan víveres, ni buenos, ni regulares, ni malos. Nuestra despensa está vacía. O sea, buen hombre, vamos a dormir en paz esta noche; y mañana, al romper el alba, te despertaré y, con mucho sentimiento, nos despediremos.

MAYORDOMO.- Si no hay más remedio...

AZULITO.- No, no lo hay. A dormir.

MAYORDOMO.- Pues a dormir.

(Baja la luz, hacen como que se acuestan. El MAYORDOMO a un lado y los bufones, juntos, en el otro extremo.)

(El REY observa. Luego el REY se levanta de puntillas y los espía.)

Pero vuelve intrigado a su trono. Cuando está a punto de sentarse, se oye el canto de un gallo:)

-¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!

(Y a la tercera vez, empieza a amanecer. AZULITO se despereza y se levanta, se acerca al MAYORDOMO y lo sacude ligeramente.)

AZULITO.- ¡Eh! ¡Buen hombre! A la paz de Dios. Levántate ya que es hora de partir.

MAYORDOMO.- (Removiéndose.) ¿Es hora ya? ¿Y cómo lo sabes?

AZULITO.- Porque ha cantado el gallo.

MAYORDOMO.- (Espabilándose.) ¿Ha cantado el gallo? ¿Tenéis un gallo? Pues entonces me quedo. (Se tumba de nuevo.) ¡Ya tenemos comida para otro día!

REY.- ¡Ja, ja, ja, ja! Nunca había oído un cuento tan divertido y sagaz. ¡Ja, ja, ja, ja!

(Se hace el oscuro sobre las carcajadas. El REY desaparece por un lado con el MAYORDOMO y los bufones por el otro.)

## Cuadro II

Es de día. Misma sala. Los bufones aparecen haciendo cabriolas y riendo.

MAYORDOMO.- (Apareciendo.) ¡Atención! ¡Llega su majestad, el Rey!

(Entra el REY. Los bufones hacen reverencias. El REY se sienta. Los bufones se colocan en posición.)

REY.- (Sin mediar palabra.) ¡Ja, ja, ja, ja! Todavía me dura lo del gallo de ayer. ¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! ¡Qué gracioso! Otro cuento.

AZULITO.- Majestad, pues érase que se era un señor muy gordo, muy gordo, muy gordo...

REY.- (Intrigado.) ¿Como yo?

AZULITO.- No, majestad. Vos estáis muy fino y esbelto.

VERDECILLO.- Digamos que estáis en vuestro punto. Ni gordo, ni flaco: normalito.

REY.- Proseguid, proseguid.

AZULITO.- Y aquel hombre tan gordo, tan gordo, quería adelgazar. Por eso para la cena sólo tomaba un plato de acelgas con habichuelas, hervidas y sin aliñar.

VERDECILLO.- O sea que era herbívoro por la noche.

AZULITO.- Pero lo cierto es que el cocinero, al que llamaban Potajero, preparaba el plato con tanta habilidad que a su señor le sabía a gloria, como el plato más suculento.

VERDECILLO.- Pero sucedió que Potajero tuvo una gran pendencia con el Mayordomo.

MAYORDOMO.- (A AZULITO en Potajero.) ¡Mentecato, hortera y botarate!

AZULITO.- ¡Y tú más! Ceporro, más que ceporro.

MAYORDOMO.- Animal de cuatro patas.

AZULITO.- Y tú cuadrúpedo animal.

REY.- (En señor gordo.) ¡Basta, basta ya! Mayordomo, echa fuera de mi palacio a Potajero, por insolente. ¡Fuera, fuera!

MAYORDOMO.- (Empujando a AZULITO.) Ya has oído, fuera, fuera. Y nunca jamás vuelvas por aquí. (Al REY.) Señor, ¿y ahora quién preparará vuestras acelgas con habichuelas sin aliñar, tan suaves, tan agradables, tan calculadas?

REY.- El cocinero nuevo que ahora mismo me buscarás. Y acierta; si no, seguirás la misma suerte que Potajero.

(El REY, siempre en Señor Gordo, se queda solo y nervioso paseándose por la habitación. Mientras tanto, el MAYORDOMO va en busca del cocinero.)

MAYORDOMO.- (En un extremo habla con VERDECILLO y llegan a un acuerdo.) A lo dicho: Acelgas con habichuelas, sin aliñar. Y que le sepan a gloria.

VERDECILLO.- (Se presenta ante el señor gordo con un plato.)

Señor, soy el nuevo cocinero. (Le ofrece el plato.) ¿Os gusta?

REY.- (Lo prueba.) ¡Horror! Esto es un asco. Está insípido.

Mayordomo, échalo y busca otro cocinero.

MAYORDOMO.- ¡Fuera, fuera! ¡Lejos, lejos!

(Para las nuevas presentaciones de VERDECILLO, que encarnará a los sucesivos aspirantes a cocinero, deberá desaparecer por un lado y luego aparecer por el otro.)

VERDECILLO.- (Guiado por el MAYORDOMO; pero con cofia de cocinera.) Señor, soy la nueva cocinera.

REY.- (Con retintín.) Ya lo veo, muy mona. (Prueba.) ¡Fuera, fuera! Está insípido.

MAYORDOMO.- (Como una caja de resonancia.) ¡Fuera, fuera!

Insípida. ¡Lejos, lejos!

VERDECILLO.- (Con delantal.) (Mismo juego que antes.) Señor, soy el nuevo cocinero llegado de París. Probad, mi amo.

REY.- (Furioso después de probar.) ¡Brrrr! ¡Puá! ¡Un desastre!  
Insípido, soso y crudo. ¡Fuera, fuera!

MAYORDOMO.- ¡Fuera, fuera! ¡Lejos, lejos!

VERDECILLO.- (Con gorro de cocinero y hablar gangoso.) Señor, soy el nuevo cocinero. Vengo de Londres. (Ofreciéndole.) Probad, probad.

REY.- (Furiosísimo.) ¡Brrr! ¡Brrr! ¡Brrrrrr! Inaguantable. Insufrible. Inadmisible. ¡Fuera, fuera! (Al MAYORDOMO.) Mayordomo, ven aquí.

MAYORDOMO.- (Apresurándose a despachar al cocinero.) Sí, señor. Aquí estoy.

REY.- Si el próximo cocinero resulta tan pavisoso, tan pavitonto y tan zonzorrión como los ocho anteriores, te mandaré a los leones que te comerán crudo y sin aliñar.

MAYORDOMO.- (Temblando.) No, señor, no. No fallará el próximo.

(Se va hacia un lado y habla con VERDECILLO nerviosamente.)

MAYORDOMO.- (Suplicante.) Haz lo que quieras, cocinero. Pero acierta como Potajero. Porque si no, los leones nos merendarán a los dos.

VERDECILLO.- ¿Como Potajero has dicho? Espera un poco.

(VERDECILLO sale disparado. Habla con Potajero y vuelve al instante.)

MAYORDOMO.- Señor, el nuevo cocinero... ya está al llegar. Ya está aquí. Creo que acertará con vuestros gustos y con vuestra dieta, señor.

REY.- ¿Sí?

MAYORDOMO.- Sí.

REY.- Pues sí que me alegro.

VERDECILLO.- (Resuelto, con bigote.) Señor, soy el nuevo cocinero que viene de ahí del lado.

REY.- Ya lo veo. Déjame probar. (Lo prueba.) ¿Ves? Esto sí que me gusta. Este sí que es el plato ideal. Igualito que el de Potajero: acelgas y habichuelas. (Relamiéndose.) Y sólo acelgas y habichuelas hervidas, y sin aliñar. (Sigue relamiéndose.)

MAYORDOMO.- Sí, señor.

REY.- Dímelo, dime, cocinero, ¿cómo lo has hecho?

VERDECILLO.- Es un secreto, señor: acelgas y habichuelas sólo, y sin aliñar. Bueno, pero si he de seros sincero.

REY.- Claro que sí. Ante todo, la sinceridad. Dime, dime.

VERDECILLO.- Pues, sinceramente, señor, yo creo que el otro os engañaba.

REY.- ¿Engañarme a mí? ¿A mí?

VERDECILLO.- Sí, porque os decía que sólo ponía acelgas y habichuelas... y resulta que ponía también huevo duro picado,

trocitos de jamón, caldito de faisán, sofrito de cebolla, nuez moscada, queso rallado, azafrán, pimienta, una hojita de laurel, comino...

REY.- ¿Eso hacía el otro? ¿Y cómo lo sabes?

VERDECILLO.- Porque me lo ha contado.

REY.- ¿Y tú qué haces, bobalicón?

VERDECILLO.- Lo mismo que el otro, engañaros.

REY.- Pues sigue engañándome, majadero. Engáñame como hoy y no te despacharé jamás.

MAYORDOMO.- ¡Ja, ja, ja, ja, ja!

REY.- (En REY.) Mayordomo, más compostura. (El MAYORDOMO se pone serio.) Pero entrégales a mis bufones otra bolsa de oro. (El REY se levanta y se va.)

AZULITO y VERDECILLO.- (A la vez y haciendo reverencias.)

Gracias, majestad, gracias.

(Se retiran todos y se hace el oscuro.)

### Cuadro III

De día. Misma sala. Los bufones aparecen con matasuegras, trompetillas y capirotes, como si vinieran de la feria.

MAYORDOMO.- (Irrumpiendo.) ¡Atención! ¡Mucha atención! Llega su majestad.

(Como las otras veces.)

REY.- Conque el cocinero engañaba sabrosamente a su señor gordo.

(Sentándose.) ¡Qué divertido!

AZULITO.- Tan divertido como lo que le pasó a aquel joven búlgaro que fue a Constantinopla.

VERDECILLO.- ¡Sopla!

REY.- ¿Qué le pasó?

VERDECILLO.- Pues que al llegar a Constantinopla puso una tienda y se puso a vender. Y al cabo de poco tiempo trabó amistad con algunos buhoneros griegos.

REY.- (Entusiasmado.) A mí me gustan mucho los griegos, son personas inteligentes.

AZULITO.- Inteligentísimas y amabilísimas. Como que casi todos los días celebraban el santo de alguno de ellos: San Antonio, San Pancrancio, San Dionisio, San Agapito, San Teodoro, San Doroteo...

REY.- ¡Vaya, vaya!

VERDECILLO.- Y como eran muchos y cada uno tenía nombre distinto, pues cada día invitaba uno a pasteles y a vino retozón.

REY.- (Interesado.) ¡Vaya, vaya! Con que vino retozón.

VERDECILLO.- (Señalando a AZULITO.) Y el búlgaro cada día merendaba de gorra.

AZULITO.- (En Búlgaro.) Pasteles y vino retozón.

REY.- ¡Vaya, vaya! ¿Y el búlgaro no invitaba nunca?

AZULITO.- No, majestad, porque como a mí me llamaban Chico... Y como eso no es nombre de santo ni de nada. Hasta que un día...

VERDECILLO.- (En Griego.) Chico, a nosotros también nos gustaría celebrar tu santo.

AZULITO.- Yo no tengo santo. Yo sólo me llamo Chico.

VERDECILLO.- Pero, Chico, en nuestro santoral tenemos nombres preciosos. Por ejemplo, Juan. ¿Qué te parece si te ponemos Juan? Es un nombre sonoro, corto y elegante. Anda, te bautizamos con el nombre de Juan.

AZULITO.- Pues de verdad que me gusta. ¿Pero cuándo se celebra la fiesta de San Juan?

VERDECILLO.- Tú no te preocupes. Ya te avisaremos nosotros cuando llegue. Descuida, no nos pasará por alto.

MAYORDOMO.- Y Chico se fue contento a su casa. Al cabo de dos días apareció su amigo, el griego...

VERDECILLO.- Juan, hoy es tu santo: San Juan Bautista. ¡Invítanos!

REY.- (Contentísimo.) ¡Ajajá! Y todos tomaron pasteles y vino retozón a su cuenta.

(Para esta escena constituyen un cuadrilátero entre el MAYORDOMO, VERDECILLO, AZULITO y el REY. El MAYORDOMO anuncia el día, VERDECILLO dice el santo, AZULITO lo padece, se lleva las manos a la cabeza y finalmente saca sus bolsillos al aire, vacíos. Y el REY celebra el lance.)

MAYORDOMO.- Y al otro día.

VERDECILLO.- Juan, hoy es San Juan Evangelista.

REY.- ¡Ajajá! Y otra vez pasteles y vino retozón.

MAYORDOMO.- Y a los dos días...

VERDECILLO.- Juan, hoy es San Juan ante Portam Latinam.

REY.- ¡Ajajá! Y más pasteles y vino retozón.

MAYORDOMO.- Y a la mañana siguiente...

VERDECILLO.- Juan hoy es San Juan Crisóstomo.

REY.- ¡Ajajá! Y dale con los pasteles y el vino retozón.

MAYORDOMO.- Y a los tres días...

VERDECILLO.- Juan, hoy es san Juan Nepomuceno.

REY.- Ya me empiezo a hartar de tantos pasteles.

AZULITO.- (Resignado.) Y de vino retozón.

MAYORDOMO.- Y otra vez...

VERDECILLO.- Juan, hoy es San Juan de la Cruz...

REY.- Y dale con los pasteles que ya empalagan un poco...

AZULITO.- Y el vino retozón que marea.

(La acción se acelera y el MAYORDOMO y el REY sólo tienen tiempo de hablar por gestos.)

VERDECILLO.- Juan, hoy es San Juan Damasceno...

(AZULITO se tambalea.)

VERDECILLO.- Juan, hoy es San Juan Bautista de la Salle...

(AZULITO cae de rodillas.)

VERDECILLO.- Juan, hoy es San Juan Bosco...

(AZULITO está a punto de caerse del todo.)

VERDECILLO.- Juan, hoy es...

AZULITO.- (En un esfuerzo supremo.) Más santos no, gracias.

VERDECILLO.- Te equivocas, hoy es Santa Juana de Arco.

(AZULITO cae exhausto mientras el MAYORDOMO y el REY ríen a todo trapo.)

MAYORDOMO.- Y entonces el pobre Juan Chico se levantó y entró en una iglesia. Vio la estatua de un santo pobre, medio desnudo y medio cubierto por pieles toscas mal cosidas, con cara de hambre. (El MAYORDOMO, mientras habla, toma la postura del Santo.) Se acercó y se puso a rezarle. Y mientras tanto, vio, al pie de la estatua, el nombre del Santo: San Juan Bautista.

AZULITO.- (De rodillas ante el Santo.) ¡Ay, pobre amigo mío! De seguro que a ti también te bautizaron los griegos. ¡Buena la hicimos!

VERDECILLO.- ¡Ja, ja, ja, ja!

MAYORDOMO.- ¡Ja, ja, ja, ja!

REY.- (Se levanta seco y malhumorado.) No me ha gustado nada. ¡Nada, nada! (Pausa tensa.) ¡Mayordomo! Diles a estos gánzapiros que quiero dormir.

(Todos se quedan estupefactos. El REY se arrellana en su sillón y cierra los ojos.)

REY.- Hacedme dormir.

(Se coloca un bufón a cada lado, con resignación. Sentados en el suelo. El MAYORDOMO se mantiene en pie, pero algo distante y receloso.)

AZULITO.- Majestad, érase una vez un pastor (Lento y monótono.) que tenía un rebaño muy grande, muy grande, muy grande.

VERDECILLO.- Y tenía que atravesar un río muy ancho, muy ancho, muy ancho, muy ancho...

AZULITO.- Y el río venía muy crecido, muy crecido, muy crecido, muy crecido, muy crecido...

MAYORDOMO.- Y el barquero tenía una barca muy estrecha, muy estrecha, muy estrecha, muy estrecha...

AZULITO.- Y el pastor se metió en la barca con dos ovejitas, pasó el río y regresó.

VERDECILLO.- Y volvió a tomar dos ovejitas, pasó el río y regresó...

(Lo repiten varias veces y el MAYORDOMO les acompaña con gestos.)

VERDECILLO.- Y tomó otras dos ovejitas, pasó el río y regresó.

MAYORDOMO.- Otras dos ovejitas, pasó el río y regresó.

AZULITO.- (Sin ganas.) Eso, eso. Otras dos ovejitas, pasó el río y re... gre... só.

(El REY empieza a dar muestras de estar dormido.)

VERDECILLO.- (Sigilosamente.) Mayordomo, ¿está dormido ya?

(El REY se mueve un poco.)

AZULITO.- (Al quite.) Otras... dos... ove... ji... tas, só... río... y re... só.

(AZULITO es el que está a punto de dormirse.)

MAYORDOMO.- Cuidado. Dos hojitas sonrió y se pasó.

VERDECILLO.- (Asustado al ver el estado lamentable de los otros.)

O-tras dos o-ve-ji-tas, pa-só el rí-o y se mo-jó.

AZULITO.- ¡Ay Dios! Que la liamos.

(El REY rebulle un poco.)

VERDECILLO.- Es que ya no quedan ovejitas.

MAYORDOMO.- Pues, venga, ahora con los corderitos.

AZULITO.- Tomó un corderito en brazos (Lo acuna.) Lo acarició, pasó el río y regresó.

VERDECILLO.- Tomó otro corderito, (Lo acuna) lo besó y lo pasó.

REY.- (Despertando súbitamente.) ¡Muy bien! He dormido muy bien.

TODOS.- (Mimosamente.) ¡Majestad!

REY.- Y he tenido un sueño fabuloso. He soñado que había un rebaño de ovejas, muy grande y que tenía que pasar un río muy ancho y muy caudaloso, y la barca era estrecha y pequeña. Y yo, que era el pastor, iba pasando las ovejas de dos en dos, de dos en dos, de dos en dos, (Mientras lo dice hace los gestos de pasar y los otros, muy pelotas, lo imitan.) de dos en dos. Y ya no había más ovejas, pero quedaban dos corderitos: (Se ponen a mirarse los bufones.) uno azul y otro verde. (Los bufones se le acercan confiados.) Bonito, ¿verdad? Uno azul y otro verde.

AZULITO y VERDECILLO.- (A coro.) Bonito, bonito. Verdad, verdad.

REY.- Pero he trabajado tanto pasando las ovejas, de dos en dos, (Mismo juego que antes.) de dos en dos, de dos en dos, que me he cansado mucho. Y ahora tengo un apetito... voraz. Mayordomo, toma los dos corderitos ahora mismo y que me los frían. Los quiero bien fritos y bien aliñaditos.

AZULITO.- (Echando a correr.) A este corderito no lo pilla nadie.

VERDECILLO.- (Escapándose también.) ¡Ni a éste!

REY.- (Desconcertado.) ¡Qué graciosos! ¿Dónde van? Mayordomo, ordénales que vuelvan, que vuelvan.

(Se oyen gritos y risas de los bufones.)

REY.- Mayordomo, ¿pero qué dicen?

MAYORDOMO.- Dicen que al freír será el reír.

TELÓN

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

